
VIDA
DE
CASTRUCCIO CASTRACANI
DE LUCA

DEDICADA POR EL AUTOR Á SUS ÍNTIMOS AMIGOS

Zanobi Buondelmonti y Luis Alemanni.

Parece, queridísimos Zanobi y Luis, á quien bien lo considera, cosa maravillosa que casi todos ó la mayoría de los que en este mundo han realizado grandes empresas, sobresaliendo entre sus contemporáneos, tengan nacimiento y origen bajo y obscuro, procurándose con toda clase de trabajos lo que les negó la fortuna; porque casi todos, ó fueron expuestos á las fieras, ó tuvieron padres tan humildes que, por avergonzarse de ellos, presumieron ser hijos de Júpiter ó de cualquier otro dios. Todos conocen de esto numerosos ejemplos, y no cansaré al lector citándolos, por ser innecesario. Presumo que la fortuna desea mostrar así al mundo ser ella y no la sabiduría la que hace los grandes hombres, empezando á probar su poder cuando la sabiduría nada influye, y es por tanto preciso reconocer que de aquélla depende todo.

Fué Castruccio Castracani de Luca uno de los que, conforme al tiempo en que vivió y á la ciudad donde vió la luz, realizó más grandes cosas, sin ser de más notorio é ilustre nacimiento que los demás, como diremos al referir su vida, que juzgo debe quedar grabada en la memoria de los hombres, por encontrar en ella actos de valor y fortuna de grandísimo ejemplo; y la dedico á vosotros por ser, de cuantos conozco, los que mejor estimáis las grandes acciones.

La familia de Castracani, extinguida hoy por la inestabilidad de las cosas humanas, figuraba entre las nobles de la ciudad de Luca. A ella perteneció un tal Antonio, de estado eclesiástico, que llegó á ser canónigo de San Miguel, en Luca, y á quien, en prueba de consideración, llamaban maese Antonio. Tuvo éste una hermana que casó con Buonaccorso Cenami, y que, al morir su marido, fué á vivir con su hermano, decidida á no contraer nuevo matrimonio.

Tenía maese Antonio, á espaldas de la casa que habitaba, una viña, en la cual, por lindar con varios huertos, se podía entrar fácilmente por todos lados. Sucedió que una mañana, poco después de salir el sol, paseaba Dianora (que así se llamaba la hermana de Antonio) por la viña, cogiendo, según costumbre de las mujeres, hierbas para sus condimentos, cuando notó moverse los pámpanos de una vid y, mirando al sitio, parecióle que oía llorar; acudió en seguida y vió el rostro y las manos de un niño que, envuelto en las hojas, parecía pedirle no le abandonara.

Entre maravillada y asustada, llena de compasión y de miedo, le recogió, llevó á casa, lavó y envolvió en blancos paños, según es costumbre, presentándole á

maese Antonio cuando volvió á la casa, quien al oír el caso y ver el niño, también se maravilló y apiadó de él como su hermana. Siendo él sacerdote, y no teniendo ella hijos, determinaron criar y educar aquel niño. Pusieronle nodriza y le cuidaron tan cariñosamente como si fuera de su familia, bautizándole con el nombre de Castruccio, que fué el del padre de Antonio y de Dianora.

Con los años aumentó en Castruccio la gentileza, mostrando en todo grande ingenio y penetración, aprovechando en los estudios á que maese Antonio le dedicaba con propósito de hacerle sacerdote y renunciar con el tiempo en su favor la canonjía y sus demás beneficios.

Pero las inclinaciones de Castruccio en nada se acomodaban al sacerdocio. Así, pues, al llegar á los catorce años y lograr algún ascendiente en el ánimo de Antonio y de Dianora, para no temer sus amonestaciones, empezó á dar de lado á los libros eclesiásticos y á manejar las armas, que era lo que más le deleitaba. Corría, saltaba y luchaba con sus camaradas, cuyos ejercicios y otros de igual índole eran su pasión favorita, siendo en ellos, por su valor y agilidad, muy superior á todos sus compañeros. Si por acaso leía alguna vez, era en libros que hablaran de guerras ó de hazañas de grandes hombres, cosa que apesadumbraba mucho á maese Antonio.

Vivía en Luca un noble de la familia Guinigi, llamado Francisco, que en riqueza, gallardía y valor superpujaba mucho á todos los demás luqueses. Su profesión era la milicia, habiendo servido bastante tiempo á los Visconti de Milán. En el bando gibelino, que era el suyo, se le estimaba en Luca el primero. Acostumbraba á reunirse con otros luqueses por mañana y tarde, cuando

residía en esta ciudad, en la galería del Podestá, que está enfrente de la plaza de San Miguel, la principal de Luca, y vió muchas veces á Castruccio jugando con los demás muchachos á los ejercicios que acabo de referir, advirtiéndole que, además de superarles en destreza, tenía sobre todos ellos una autoridad regia, sabiendo hacerse querer y respetar de ellos. Preguntó quién era aquel niño, dijéronselo los circunstantes, y tuvo mayor deseo de conocerle. Llamóle un día y le preguntó dónde viviría más á gusto, ó en casa de un caballero que le enseñara á montar á caballo y á manejar las armas, ó en la de un sacerdote donde no se oyeran más que rezos y misas.

Advirtió Francisco la alegría de Castruccio al hablarle de caballos y armas; pero la vergüenza le impedía responder. Animándole á hablar Francisco, dijo al fin que, si quería maese Antonio, para él no habría mayor placer que el de dejar los estudios eclesiásticos y emprender los de soldado. Agradó á Francisco la respuesta, y en pocos días procuró y consiguió que maese Antonio se lo entregara, influyendo para ello, más que ninguna otra causa, el carácter del muchacho y el convencimiento de que no podría tenerle mucho tiempo á su lado.

Pasó, pues, Castruccio de casa de Antonio Castracani, canónigo, á la de Francisco Guinigi, *condottiero* ó capitán de soldados, y fué cosa extraordinaria el poco tiempo que empleó en aprender todas las cualidades y costumbres que pueden exigirse á un caballero. Primero se hizo excelente jinete, manejando un fogoso caballo con suma destreza, y en justas y torneos, á pesar de su corta edad, era el más admirado, pues ni en fuerza ni en destreza le superaba ninguno. Añadíase á esto sus buenas costum-

bres y su inestimable modestia, no haciendo ni diciendo nada que desagradase, siendo respetuoso con los mayores, modesto con los iguales y cariñoso con los inferiores, cualidades que le hacían amar, no sólo de toda la familia Guinigi, sino de todos los luqueses.

Diez y ocho años tenía Castruccio cuando ocurrió que los güelfos arrojaron de Pavía á los gibelinos, y los Visconti de Milán enviaron en favor de éstos á Francisco Guinigi, con quien fué Castruccio, encargado ya de todo lo relativo á la compañía que aquél mandaba. En esta expedición dió Castruccio tales pruebas de valor y habilidad, que ninguno logró tanta fama como él, no sólo en Pavía, sino en toda la Lombardía.

De vuelta á Luca, con mayor estimación de la que tenía al salir, procuraba, en cuanto le era posible, ganarse amigos, apelando á los procedimientos más oportunos para conseguirlo. Ocurrió entonces la muerte de Francisco Guinigi, quien dejó un hijo de trece años, llamado Pablo, y por tutor y administrador de sus bienes á Castruccio, á quien llamó antes de morir y le rogó que educara á su hijo con el mismo celo que él había sido educado, y que los servicios que ya no podía prestar al padre, los prestara al hijo.

Muerto Francisco Guinigi, y convertido Castruccio en tutor y gobernador de Pablo, creció tanto su crédito y poder, que el general cariño de los luqueses á él convirtiése, en parte al menos, en envidia, tanto, que muchos le calumniaban suponiéndole hombre sospechoso é inclinado á la tiranía. Entre éstos estaba Jorge de Opizi, jefe del bando güelfo. Esperaba éste llegar á ser, por la muerte de Francisco Guinigi, el principal en el gobierno de Luca; pero la nueva posición de Castruccio, y la in-

fluencia que le daban sus cualidades personales, eran un obstáculo á sus miras, y por ello andaba sembrando calumnias que le privaran de simpatías. Al principio se indignó Castruccio, y después uni6se á la indignación el temor de que Jorge trabajara para hacerle sospechoso al Vicario del rey Roberto de Nápoles, y éste le expulsara de Luca.

Era entonces Señor de Pisa Uguccione de la Faggiola, de Arezzo, á quien los pisanos nombraron capitán y de quienes se hizo Señor. Con Uguccione estaban algunos desterrados luqueses del bando gibelino, y con ellos trató Castruccio para que, ayudados por Uguccione, pudieran volver á su ciudad. Dió cuenta de este proyecto á algunos de sus amigos de Luca, que no podían sufrir el poder de los Opizi.

Convenido lo que cada cual debía hacer, fortificó Castruccio con cautela la torre de los Onesti, llenándola de víveres y municiones para, en caso de necesidad, mantenerse en ella algunos días y, al llegar la noche convenida con Uguccione, dió la señal á éste, que con muchas tropas había bajado al llano, entre los montes y Luca. Vista la señal, se acercó á la puerta de San Pedro y prendió fuego á la antepuerta.

Castruccio dió la alarma dentro, llamando al pueblo á las armas, y forzó por el interior la puerta, entrando Uguccione con sus tropas, apoderándose de la ciudad, matando á maese Jorge, á todos los de su familia y á muchos de sus amigos y partidarios, y expulsando al gobernador. El gobierno de la ciudad se reorganizó á gusto de Uguccione, con grandísimo daño de ella, porque más de cien familias fueron expulsadas de Luca. Parte de ellas se trasladaron á Florencia, y las demás á Pistoya, ciudades donde dominaba el bando güelfo, y

que, por tanto, llegaron á ser enemigas de Ugucione y de los luqueses.

Creyeron los florentinos y otros güelfos que el bando gibelino había adquirido en Toscana sobrada autoridad, pusieron de acuerdo para restablecer en Luca á los desterrados y, organizando numeroso ejército, vinieron á Val de Nievole y ocuparon á Montecatini, desde donde fueron á acampar en Montecarlo, para tener libre el paso hasta Luca.

Por su parte, Ugucione reunió bastantes tropas de Luca y Pisa, además mucha caballería tudésca que trajo de Lombardía, y fué en busca de los florentinos, que al saber la marcha del enemigo, partieron de Montecarlo y se situaron entre Montecatini y Pescia. Ugucione se estableció por bajo de Montecarlo, á dos millas del enemigo, y durante algunos días hubo escaramuzas entre la caballería de ambos ejércitos, porque enfermo Ugucione, ni los pisanos ni los luqueses querían arriesgar la batalla. Agravada la dolencia, retiróse Ugucione para curarse á Montecarlo, dejando el cuidado del ejército á Castruccio. Esto fué causa de la ruina de los güelfos, porque les animó la creencia de que el ejército enemigo estaba sin general.

Conociólo Castruccio y, durante algunos días, obró de modo que confirmaran esta opinión, aparentando temerles, y no dejando salir á nadie de los atrincheramientos. Cuanto más miedo fingía Castruccio, más insolentes eran los güelfos, presentando todos los días la batalla. Pero cuando Castruccio juzgó haberles confiado bastante y, conoció bien sus disposiciones, determinó dar la batalla arengando antes á sus soldados, á quienes prometió segura victoria si obedecían sus órdenes.

Había observado Castruccio que el enemigo ponía sus mejores tropas en el centro y las más débiles en las alas, y el hizo lo contrario, colocando en éstas sus más bravos soldados, y en el centro los de menos confianza. Ordenado así el ejército salió de las trincheras, llegando á la vista del enemigo, que insolentemente, y según costumbre, venía á buscarle. Determinó Castruccio que el centro fuera despacio y avanzaran las dos alas tanto que, al venir á las manos, sólo se combatía en ambas alas, quedando inactivo el centro, porque el del ejército de Castruccio había quedado tan detrás, que el del enemigo no lo alcanzaba.

De esta suerte, las mejores tropas de Castruccio combatían con las peores de los florentinos, y las más bravas de éstos estaban inactivas, sin poder ofender al enemigo que tenían enfrente, pero lejano, ni auxiliar á los suyos. Sin gran dificultad fueron rechazadas las dos alas del ejército florentino, y el centro, viéndose sin apoyo en los flancos y sin tener ocasión de mostrar su valor, huyó también.

La derrota y la matanza fueron grandes, pues perdieron los Güelfos más de diez mil hombres, entre ellos muchos jefes y grandes caballeros de toda la Toscana, pertenecientes al bando güelfo, y además varios príncipes que habían acudido en su favor, como Pedro, hermano del rey Roberto, y su sobrino Carlos, y Felipe, Señor de Tarento.

Castruccio no perdió más que trescientos hombres, entre ellos Francisco, hijo de Ugucione, que jovenzuelo y ávido de gloria, murió en el primer asalto.

Esta victoria dió fama tan grande á Castruccio, que Ugucione, llenó de celos y envidia por su posición, no

pensaba más que en el modo de acabar con él, pareciéndole que aquel triunfo, en vez de darle el poder, se lo quitaba. Preocupado con este proyecto, y esperando ocasión propicia de realizarlo, ocurrió el asesinato en Luca de Pedro Angel Micheli, persona muy distinguida y de gran consideración. El asesino se refugió en casa de Castruccio, quien rechazó á los arqueros del Capitán cuando fueron á prenderle, de suerte, que por el auxilio de Castruccio se salvó el homicida.

Supo Uguccione, que estaba entonces en Pisa, el suceso y, juzgando el motivo suficiente para castigar á Castruccio, llamó á su hijo Neri, á quien ya había dado la Señoría de Luca, y le encargó que, con pretexto de convidar á Castruccio, le prendiera y matara. Fué Castruccio al palacio del Señor familiarmente y sin sospechar ofensa alguna, invitóle Neri á cenar y después le prendió.

Sospechando Neri que, si le mandaba matar sin motivo justificado, se sublevaría el pueblo, le tuvo vivo en su poder hasta cerciorarse de lo que Uguccione disponía en definitiva. Censuró éste la tardanza y cobardía de su hijo para cumplir el encargo, y salió de Pisa con cuatrocientos caballos en dirección á Luca.

Aun no había llegado á Baqui, cuando los pisanos se sublevaron y dieron muerte á su Vicario y á los demás de su familia que quedaron en Pisa, nombrando señor de la ciudad al conde Gaddo de la Gherardesca.

Supo Uguccione, antes de llegar á Luca, lo ocurrido en Pisa, y no creyó conveniente volver atrás, para evitar que los luqueses, siguiendo el ejemplo de los pisanos, le cerraran también las puertas. Pero los luqueses, al saber lo de Pisa, y á pesar de la venida de Uguccione, aprovechando la ocasión de pedir la libertad de Castruccio,

to y, teniendo estrecha amistad con uno de los del castillo, convino con él enviarle en la noche, víspera de la batalla, cuatrocientos soldados y que matara al gobernador.

Así dispuestas las cosas, no movió el ejército de Montecarlo, para que los florentinos se animaran á pasar. Éstos, que deseaban alejar la guerra de Pistoia y reducirla á Val de Nievole, acamparon bajo Serravalle con propósito de pasar al día siguiente el desfiladero; pero Castruccio que, sin ruido, se apoderó aquella noche del castillo, partió á media noche de Montecarlo y silenciosamente llegó al amanecer con el ejército al pie de Serravalle, de suerte que los dos ejércitos empezaron á subir, cada cual por su lado, la colina.

Dirigió Castruccio su infantería por el camino ordinario, y un cuerpo de cuatrocientos caballos por la izquierda hacia el castillo.

Los florentinos, por su lado, enviaron delante cuatrocientos caballos, después la infantería y tras ella los hombres de armas, no esperando encontrar á Castruccio sobre la colina, porque ignoraban que se había apoderado del castillo.

De pronto, la caballería florentina, al llegar á lo alto, descubrió la infantería de Castruccio tan cerca, que apenas tuvieron tiempo los florentinos para calar las celadas.

Los de Castruccio, dispuestos al ataque contra sus enemigos desprevenidos, les acometieron resueltamente, y éstos casi no pudieron resistir, siendo pocos los que hicieron frente. Al correr la noticia de este encuentro en el ejército florentino, todo fué confusión y desorden. La caballería no podía moverse entre la infantería, y ésta era atropellada por los caballos y los carruajes. A los je-

ilustres de sus compatriotas, á quienes había ganado. El pueblo, pues, le eligió solemnemente príncipe de Luca.

Vino por entonces á Italia Federico de Baviera, Rey de Romanos, para coronarse emperador, y Castruccio contrajo amistad con él, yendo á buscarle con quinientos caballos, dejando en Luca por lugarteniente á Pablo Guinigi, al cual, por la memoria de los favores que debió á su padre, estimaba como hijo propio.

Federico recibió á Castruccio honrosamente, concediéndole muchos privilegios y nombrándole su lugarteniente en Toscana. Además, como los pisanos habían expulsado á Gaddo de la Gherardesca, y, por miedo á él, acudido á Federico en demanda de auxilio, éste nombró á Castruccio Señor de Pisa, aceptándole los pisanos por temor al partido güelfo, y en particular á los florentinos.

Volvió Federico á Alemania, dejando en Roma un gobernador encargado de sus asuntos en Italia, y todos los gibelinos toscanos y lombardos afiliados al partido del Emperador acudieron á Castruccio, prometiéndole cada cual el dominio de su ciudad cuando, por medio de él, lograra volver á ella. Entre éstos estaban Mateo Guidi, Nardo Scolari, Lapo Uberti, Gerozzo Nardi y Pedro Buonaccorsi, todos ellos gibelinos y desterrados de Florencia.

Resolvió Castruccio, valiéndose de estos desterrados y de todas sus fuerzas, dominar la Toscana y, para aumentar su crédito, se alió á Mateo Visconti, duque de Milán, y organizó militarmente la ciudad y el territorio de Luca.

Porque Luca tenía cinco puertas, dividió en cinco partes el condado, armando y distribuyendo los habitantes con banderas y jefes. De esta suerte podía reunir

inmediatamente veinte mil hombres, sin contar los que vinieran en su ayuda de Pisa.

Provisto de esta fuerza y de estos amigos, ocurrió que Mateo Visconti fué atacado por los güelfos de Piacenza, que habían expulsado á los gibelinos, con ayuda de los florentinos y del rey Roberto de Nápoles. Pidió Visconti á Castruccio que atacara á los florentinos para que, obligados éstos á defender sus propias tierras, retiraran las tropas de Lombardia. Inmediatamente Castruccio, con bastantes tropas, invadió el Valdarno inferior y ocupó Fucechio y San Miniato, causando grandes desórdenes en la comarca. Esto obligó á los florentinos á llamar sus tropas, que apresuradamente llegaron á Toscana, cuando Castruccio, obligado por otra necesidad, volvió á Luca.

La familia Poggio era poderosa en esta ciudad, no sólo por haber favorecido á Castruccio, sino también por ser la que más contribuyó á hacerle Señor y, juzgando que sus servicios no habían sido bien remunerados, púsose de acuerdo con otras familias para sublevar la población y expulsar de ella á Castruccio. Una mañana empuñaron las armas, fueron al palacio donde residía el lugarteniente de Castruccio, encargado de administrar justicia, y le mataron. Seguidamente empezaron á sublevar al pueblo; pero Esteban Poggio, hombre anciano y pacífico, que no había tomado parte en la conspiración, acudió ante los conjurados y, con su autoridad, les hizo deponer las armas, prometiendo ser mediador entre ellos y Castruccio para que realizaran sus aspiraciones. Rindieron, pues, las armas con tan escasa prudencia como las habían tomado; porque sabedor Castruccio de lo ocurrido en Luca, sin pérdida de tiempo, con parte de su

ejército, y dejando al frente del resto á Pablo Guinigi, vino á la ciudad. Contra lo que esperaba, vió que había cesado el motín, y colocó á sus partidarios, armados, en todos los sitios oportunos.

Juzgaba Esteban de Poggio que Castruccio debía estarle obligado, y fué á verle, no rogando por él, pues creía no necesitarlo, sino por sus parientes, suplicándole que tuviese en cuenta la juventud de los culpados y la antigua amistad y servicios que le había prestado su casa. Respondióle Castruccio cariñosamente que se tranquilizara, porque le producía mayor satisfacción encontrar apaciguado el tumulto que disgusto tuvo al saber este desgraciado suceso. Pidió además á Esteban que le trajera á todos los comprometidos, dando gracias á Dios por la ocasión que le deparaba de demostrar su clemencia y liberalidad. Pero, cuando llegaron á su presencia, confiados en la palabra de Castruccio y en la de Esteban, fueron, con éste, presos y muertos.

Mientras tanto, los florentinos habían recobrado San Miniato; pero á Castruccio pareció oportuno cesar en aquella guerra, porque hasta asegurarse en Luca, no debía apartarse de esta ciudad. Hizo, pues, proponer una tregua á los florentinos, que éstos aceptaron inmediatamente, á causa de estar agotados sus recursos y necesitar suprimir los gastos. Pactóse la tregua por dos años, quedando cada cual dueño del territorio que poseía.

Libre Castruccio de los cuidados de la guerra, para que no renaciera el peligro en que había estado su dominación en Luca, con diferentes motivos y pretextos se deshizo de cuantos, por ambición, podían aspirar al dominio de la ciudad, no perdonando á ninguno, privándoles

de la patria y de los bienes, y á los que pudo coger, de la vida, y asegurando haber conocido por experiencia que ninguno de ellos podía serle fiel. Para mayor seguridad construyó una ciudadela en Luca, empleando como materiales los de las torres pertenecientes á los que había desterrado ó muerto.

Mientras Castruccio, hecha la paz con los florentinos, se fortificaba en Luca, seguía haciendo cuanto pudiera, sin manifiesta guerra, contribuir á su mayor grandeza; y muy deseoso de ocupar á Pistoia, por creer que, dueño de esta ciudad, tenía puesto un pie en Florencia, procuró por varios procedimientos atraerse á los habitantes de la montaña. Al mismo tiempo se gobernaba de tal suerte con los bandos de Pistoia, que todos confiaban en él.

Encontrábase entonces dividida esta ciudad, como lo estuvo siempre, en Blancos y Negros. El jefe de los blancos era Sebastián de Possente, y el de los negros Jacobo de Abra. Ambos tenían con Castruccio secretísimas negociaciones, y cada uno de ellos deseaba expulsar al otro, hasta el punto de que, después de varias cuestiones, acudieron á las armas. Jacobo se hizo fuerte en la Puerta Florentina y Sebastián en la Luquesa y, confiando los dos más en Castruccio que en los florentinos, por creerle más expedito y dispuesto á la guerra, ambos le pidieron secretamente auxilio, y á ambos lo prometió Castruccio, diciendo á Sebastián que iría en persona, y á Jacobo que enviaría á su pupilo Pablo Guinigi. Fijado el momento oportuno, envió á Pablo por la vía de Pisa, y á media noche fué él directamente á Pistoia, porque así lo habían convenido Castruccio y Pablo.

Llegaron ambos á Pistoya y fueron recibidos como amigos, dándoles entrada en la población. Cuando Castruccio juzgó el momento oportuno, hizo señal á Pablo, y entonces el uno mató á Jacobo y el otro á Sebastián de Possente. Los partidarios de uno y otro fueron ó muertos ó presos, quedando Castruccio dueño de Pistoya, cuya Señoría expulsó del Palacio y obligó al pueblo á prestarle obediencia. Para atraerse su benevolencia, perdonó muchas de las deudas antiguas y le hizo muchísimas ofertas, como también á toda la comarca, de cuyos habitantes, la mayoría acudió á ver el nuevo Príncipe. Por las esperanzas que dió y por su conocido valor, consiguió que todos tranquilamente le obedecieran.

Por entonces, la carestía de víveres prolujo algunos tumultos en Roma, porque el pueblo atribuía la causa de este mal á la ausencia del Papa, residente en Aviñón, quejándose del gobierno de los tudescos y siendo frecuentes los homicidios y otros desórdenes, sin que Enrique, lugarteniente del Emperador, pudiera remediarlo. Temió Enrique que los romanos le expulsaran de la ciudad y llamaran al rey Roberto de Nápoles, restituyendo Roma al Papa. No tenía amigo más próximo á quien poder acudir que Castruccio, y le rogó, no sólo que le auxiliara, sino ir personalmente á Roma. Creyó Castruccio que debía hacerlo inmediatamente, para prestar un servicio meritorio al Emperador, y porque la ausencia de éste era, á su juicio, muy perjudicial á su dominación en Roma.

Dejando en Luca á Pablo Guinigi, fué con seiscientos caballos á Roma, donde le recibió Enrique con grandes honras, y en breve tiempo su presencia aumentó

tanto el prestigio del partido del Emperador que, sin sangre ni violencias, quedó restablecida la tranquilidad, pues Castruccio hizo traer por mar, de la comarca de Pisa, bastante trigo, y con ello quitó motivo á los tumultos. Después, aconsejando unas veces y castigando otras á los principales de Roma, á todos les redujo á obedecer á Enrique. El pueblo nombró á Castruccio senador de Roma y le concedió otros muchos honores. Del cargo de senador tomó posesión Castruccio con grandísima pompa, poniéndose una toga de brocado con un letrero que decía por delante: *Es lo que Dios quiere*; y por detrás: *Será lo que Dios quiera*.

Mientras tanto, los florentinos, descontentos de que Castruccio se hubiera apoderado de Pistoia durante la tregua, meditaban la manera de sublevarla, cosa que en su ausencia creían fácil. Entre los desterrados de Florencia que vivían en Pistoia, encontrábase Babbo Ciechi y Jacobo Baldini, personas de autoridad y dispuestas á intervenir en todo trastorno. Estaban en inteligencia con sus amigos de dentro de Pistoia, y, ayudados por los florentinos, penetraron de noche en esta ciudad, expulsando de ella á los partidarios y á las autoridades puestas por Castruccio, matando á algunos y devolviendo la libertad á su patria.

La noticia de este suceso causó vivo enojo á Castruccio y, con licencia de Enrique, regresaron él y sus tropas apresuradamente á Luca.

Al saber su vuelta, los florentinos, creyendo que no se detendría hasta llegar á Pistoia, determinaron anticipársele y ocupar con sus tropas Val de Nievole; ocupación que, á su juicio, cortaba el paso á Castruccio para recobrar á Pistoia. Su ejército, engrosado con los

partidarios del bando güelfo, acampó en el territorio de esta ciudad.

Castruccio, con el suyo, vino á Montecarlo y, al saber donde estaba el de los florentinos, determinó, no ir á su encuentro á la llanura de Pistoia, ni esperarle en la de Pescia, sino dar la batalla, si le era posible, en el desfiladero de Serravalle, en cuyo caso creía segura la victoria, aunque sabía que los florentinos tenían treinta mil hombres y él solo había excogido de los suyos doce mil. Aunque confiaba en su genio y en el valor de sus soldados, temía que, en terreno llano, le envolviera la multitud de sus enemigos.

Serravalle es un castillo situado entre Pescia y Pistoia, sobre una colina que cierra el valle de Nievole. No está junto al camino, sino á distancia de un tiro de arco y dominándolo. El sitio por donde se pasa es escarpado; la pendiente suave por ambas laderas, pero tan estrecha, sobre todo en la altura donde se dividen las aguas, que veinte hombres de frente pueden ocuparla.

Este fué el punto donde Castruccio determinó hacer frente al enemigo, ó para que sus pocas tropas tuvieran ventaja, ó para que no vieran á los enemigos antes de la batalla, á fin de que el gran número de éstos no les asustara.

El gobernador del castillo de Serravalle era Manfredi, alemán, quien, antes de que Castruccio fuera Señor de Pistoia, conservó la fortaleza como sitio común á los de Luca y á los de Pistoia, y después nadie quiso agredirle, prometiendo él la neutralidad y no ponerse de parte de ningún bando. Por esto, ó por ser muy fuerte el castillo, quedaron así las cosas; pero, en las circunstancias actuales, deseó Castruccio apoderarse de aquel pun-

to y, teniendo estrecha amistad con uno de los del castillo, convino con él enviarle en la noche, víspera de la batalla, cuatrocientos soldados y que matara al gobernador.

Así dispuestas las cosas, no movió el ejército de Montecarlo, para que los florentinos se animaran á pasar. Éstos, que deseaban alejar la guerra de Pistoia y reducirla á Val de Nievole, acamparon bajo Serravalle con propósito de pasar al día siguiente el desfiladero; pero Castruccio que, sin ruido, se apoderó aquella noche del castillo, partió á media noche de Montecarlo y silenciosamente llegó al amanecer con el ejército al pie de Serravalle, de suerte que los dos ejércitos empezaron á subir, cada cual por su lado, la colina.

Dirigió Castruccio su infantería por el camino ordinario, y un cuerpo de cuatrocientos caballos por la izquierda hacia el castillo.

Los florentinos, por su lado, enviaron delante cuatrocientos caballos, después la infantería y tras ella los hombres de armas, no esperando encontrar á Castruccio sobre la colina, porque ignoraban que se había apoderado del castillo.

De pronto, la caballería florentina, al llegar á lo alto, descubrió la infantería de Castruccio tan cerca, que apenas tuvieron tiempo los florentinos para calar las celadas.

Los de Castruccio, dispuestos al ataque contra sus enemigos desprevenidos, les acometieron resueltamente, y éstos casi no pudieron resistir, siendo pocos los que hicieron frente. Al correr la noticia de este encuentro en el ejército florentino, todo fué confusión y desorden. La caballería no podía moverse entre la infantería, y ésta era atropellada por los caballos y los carruajes. A los je-

fes era imposible, por lo estrecho del sitio, ir adelante ni atrás, de suerte que, en tan gran confusión, nadie supo lo que podía ni lo que debía hacer. Entretanto, la caballería que había venido á las manos con la infantería enemiga, era destrozada sin poder defenderse, porque la estrechez del terreno no le permitía desplegarse, y más porque por voluntad resistía, pues teniendo á los dos flancos la montaña, detrás á los suyos y delante á los enemigos no les quedaba sitio por donde huir.

Entretanto Castruccio, en vista de que los empeñados en el combate no eran bastantes para rechazar al enemigo, envió infantería por el camino del castillo, atacándole por el flanco con tanta furia, que los florentinos no pudieron resistir el impetu, y vencidos más bien por las malas condiciones del terreno que por la fuerza del enemigo, empezaron á huir. Los que estaban detrás emprendieron la fuga hacia Pistoia y, extendiéndose por la llanura, cada cual procuraba salvarse como mejor podía.

La derrota fué grande y sangrienta. Cayeron prisioneros muchos capitanes, entre ellos, Bandino de Rossi, Francisco Brunelleschi, Juan de la Tossa, todos ellos nobles florentinos, y otros muchos toscanos y napolitanos que envió el rey Roberto en favor de los güelfos y militaban con los florentinos.

Los de Pistoia, al saber la derrota, inmediatamente expulsaron á los partidarios de los güelfos y se entregaron á Castruccio, quien, no contento con esto, ocupó á Prato y todas las fortalezas del llano á ambos lados del Arno, acampando con su ejército en la llanura de Peretola, á dos millas de Florencia, donde estuvo muchos días repartiendo el botín y festejando la victoria con ca-

rreras de caballos y otros juegos, en que tomaban parte hombres y meretrices, y haciendo acuñar moneda, como en desprecio de los florentinos.

También intentó corromper á algunos nobles ciudadanos para que abriesen de noche las puertas de Florencia; pero, descubierto el complot, fueron presos y decapitados los jefes, entre ellos Tomás Lupaccio y Lambertuccio Frescobaldi.

Asustados los florentinos por aquella derrota, apenas veían medio de salvar su independencia y, para tener mayor certeza en el auxilio del rey Roberto de Nápoles, le enviaron embajadores, prometiéndole en cambio la soberanía de Florencia. El Rey aceptó el ofrecimiento, no tanto por el honor que le dispensaban los florentinos, como por saber lo mucho que importaba á sus Estados que el partido güelfo continuara dominando en Toscana. Convino con los florentinos que éstos le pagaran doscientos mil florines anuales, y envió á su hijo Carlos con cuatro mil caballos.

Mientras tanto se veían los florentinos libres de la vecindad de las tropas de Castruccio, porque éste tuvo necesidad de ir á Pisa para reprimir una conjuración contra él, suscitada por Benedicto Lanfranchi, uno de los principales de aquella ciudad, quien, no pudiendo sufrir que su patria fuera súbdita de un luqués, se sublevó contra él con propósito de ocupar la ciudadela, expulsar la guarnición y matar á los partidarios de Castruccio. Pero como en tales negocios el secreto sólo puede mantenerse entre pocos comprometidos y éstos no bastan para la ejecución, cuando buscaba mayor número de afiliados, encontró quien descubriera la conspiración á Castruccio; atribuyéndose esta infamia á Bonifacio Cer-

chi y á Juan Giudi, ambos florentinos, desterrados en Pisa.

Castruccio prendió y mató á Lanfranchi, desterrando á todos sus parientes. También mandó decapitar á muchos otros nobles ciudadanos.

Conoció que no le era posible contar con la fidelidad de Pistoia y de Pisa y, por todos los medios de astucia y de fuerza, procuraba consolidar en ellas su poder, lo cual dió tiempo á los florentinos para reunir tropas y esperar la venida de Carlos. Cuando éste llegó, determinaron no perder tiempo, y juntaron numeroso ejército por haber llamado en su auxilio á casi todos los güelfos de Italia. Este ejército contaba más de treinta mil soldados de infantería y diez mil de caballería.

Discutido si debían atacar primero á Pistoia ó á Pisa, decidieron acometer á Pisa como empresa de más fácil éxito, por la reciente conjuración que en ella había ocurrido contra Castruccio, y de mayor utilidad, pues creían que, tomada Pisa, se rendiría Pistoia.

Á principios de Mayo de 1328 salió á campaña este ejército florentino, y ocupó inmediatamente á Lastra, Signa, Montelupo y Empoli, llegando á San Miniato.

Por su parte, Castruccio, al saber el numeroso ejército que los florentinos habían organizado contra él, no se asustó en manera alguna, creyendo había llegado el momento en que la fortuna pusiera en su mano la dominación en Toscana, porque el enemigo no se mostraría más esforzado en Pisa que lo había estado en Serravalle y ahora no le quedaria ni la esperanza de rehacerse como entonces. Reunió, pues, veinte mil infantes y cuatro mil caballos, situándose en Fucecchio, y envió á Pablo Guinigi con cinco mil hombres de infantería á Pisa.

El castillo de Fucecchio es el más fuerte de la comarca de Pisa, por estar situado entre la Gusciana y el Arno, y en una elevación sobre la llanura. En aquel punto, el enemigo no podía impedirle, sino dividiendo sus fuerzas en dos partes, recibir provisiones que le llegaban de Pisa y de Luca, ni sin gran desventaja atacarle ó acometer á Pisa, porque, en el primer caso, quedaría entre el ejército de Castruccio y el que había en Pisa, y en el segundo, teniendo que pasar el Arno, no podría hacerlo con el enemigo á su espalda, sino con grandísimo peligro. Para animar á los florentinos á pasar el río, Castruccio había colocado su ejército, no en la orilla del Arno, sino junto á los muros de Fucecchio, dejando espacio entre el río y sus tropas.

Ocupado San Miniato, los florentinos celebraron consejo para decidir entre atacar á Castruccio ó dirigirse á Pisa y, calculadas las dificultades de cada una de estas empresas, decidieron dar la batalla. Las aguas del Arno iban entonces tan bajas, que se podía vadear el río, pero mojándose los soldados hasta los hombros y los caballos hasta la silla. Al amanecer el día 10 de Junio, los florentinos, dispuestos á la batalla, hicieron pasar el río á parte de su caballería y un cuerpo de diez mil infantes. Castruccio, atento á lo que le convenía hacer, atacó con cinco mil infantes y tres mil caballos á los que pasaban el río y, sin darles tiempo á que todos estuvieran fuera del agua, vino con ellos á las manos. Además envió mil infantes ligeros por la orilla del Arno, agua arriba, y otros mil agua abajo. La infantería florentina, agobiada con el peso de las armas y del agua, aun no había salido toda del cauce del río. Al pasar los primeros caballos, que no fueron muchos, removieron el fondo del Arno, hasta el

punto de hacer difícil el paso á los que venían tras ellos; porque muchos, al no pisar tierra firme, se encabritaban contra los jinetes, y muchos más se hundían en el fango, quedando sin poder moverse.

Viendo los generales florentinos la dificultad de pasar el río por aquel punto, llevaron las tropas río arriba, para encontrar fondo más firme y cauce más fácil de cruzar.

Á este paso se oponían los infantes enviados por Castruccio hacia aquella parte. Armados á la ligera con rodela y lanzas cortas, les herían en la cara y en el pecho, dando al mismo tiempo grandes gritos, con los cuales y las heridas espantaban á los caballos, que, revueltos unos con otros, rehusaban avanzar.

La pelea entre la gente de Castruccio y los que habían pasado el río, fué ruda y terrible. De ambas partes las bajas eran numerosas, y cada una hacía los mayores esfuerzos para vencer á la otra. Los de Castruccio querían echar al río á los florentinos, y éstos ganar terreno para que, saliendo del agua los que estaban pasando el Arno, pudieran entrar en combate. Á la obstinación de los soldados se unían las excitaciones de los jefes. Castruccio recordaba á los suyos que tenían delante á los mismos que poco antes habían vencido en Serravalle, y los generales florentinos censuraban á sus tropas que se dejasen vencer por tan pocos.

Viendo Castruccio que la batalla duraba y que todos los combatientes estaban cansados, siendo muchos de ambas partes los heridos y los muertos, mandó avanzar un nuevo cuerpo de cinco mil infantes y, cuando estuvo detrás de los que combatían, ordenó á éstos que, como si huyeran, se retiraran á derecha y á izquierda de este

nuevo cuerpo. Al hacer dicha retirada, los florentinos avanzaron y ganaron algún terreno; pero al llegar á las manos los fatigados por la lucha con los que venían de refresco, al poco tiempo les rechazaron éstos hasta el río.

La lucha entre la caballería de ambos ejércitos era aún incierta. Conocedor Castruccio de la inferioridad de la suya, había ordenado á los capitanes que se limitaran á resistir el choque del enemigo, porque esperaba vencer la infantería y, vencida ésta, rechazar con más facilidad la caballería, como así sucedió, porque, cuando los infantes enemigos se retiraron hasta el río, envió el resto de su infantería contra los caballos, hiriéndoles con lanzas y dardos. Entonces atacó la caballería de Castruccio con mayor ímpetu, y obligó á huir á los enemigos.

Observando los generales florentinos las dificultades de su caballería para atravesar el río, intentaron que pasara infantería por más abajo para atacar por el flanco á las tropas de Castruccio; pero la altura de las márgenes y el estar ocupada la opuesta por los soldados de éste, hicieron fracasar dicha tentativa. Fué, pues, el ejército florentino derrotado, con gran gloria de Castruccio y, de tan gran número de tropas, sólo se salvó una tercera parte. Quedaron prisioneros muchos jefes, y Carlos, hijo del rey Roberto, con Miguel Agnolo, Falconi y Tadeo de Albizzi, Comisarios florentinos, se refugiaron en Empoli. Fué el botín grande y la mortandad grandísima, como puede imaginarse por la importancia y tenacidad de la lucha. De los florentinos murieron veinte mil doscientos treinta y un hombres, y de Castruccio mil quinientos setenta.

Pero la fortuna, enemiga de su gloria, cuando más debía prolongarle la vida, se la quitó, interrumpiendo

los grandes designios que de mucho tiempo antes meditaba realizar, y que sólo la muerte podía impedir.

Durante el día de la batalla se había fatigado mucho Castruccio y, al terminar ésta, lleno de cansancio y sudor, se retiró á la puerta de Fucecchio, esperando allí la vuelta de sus soldados victoriosos, para recibirles personalmente y darles las gracias, y también para acudir, si el enemigo continuaba haciendo frente en alguna parte, al punto que fuera necesario; porque juzgaba que el oficio de un buen general obligaba á ser el primero en montar á caballo y el último en apearse. Así estuvo expuesto á una brisa que hacia el mediodía se eleva del Arno, brisa, casi siempre pestilencial, que le enfrió todo el cuerpo.

No hizo caso Castruccio de esta molestia, como hombre habituado á tales indisposiciones, y su negligencia le costó la vida; porque, á la noche siguiente, fué atacado de una fiebre violentísima y, yendo en aumento, todos los médicos juzgaron mortal la dolencia. Comprendiendo Castruccio la gravedad de su estado, llamó á Pablo Guinigi y le dijo:

« Si hubiera creído, hijo mío, que la fortuna me detuviese en mitad del camino de la gloria que ambicionaba, después de tan grandes éxitos, mis esfuerzos no fueran tantos, y te dejara, con Estado más pequeño, menos enemigos y menos envidias; porque, satisfecho con la dominación de Pisa y de Luca, no hubiera sojuzgado á los de Pistoia y, con tantas ofensas, irritado á los florentinos. Haciéndome amigo de Florencia y Pistoia, mi vida, si no más larga, hubiese sido más tranquila, dejándote Estado menos grande, pero sin duda más sólido y seguro. Pero la fortuna, que quiere ser árbitra de todas las cosas humanas, ni me dió juicio bas-

tante para conocerla, ni tiempo suficiente para dominarla.

»Tú sabes, porque muchos te lo han dicho y yo no lo he negado, cómo, siendo muchacho, entré en casa de tu padre, privado de cuantas esperanzas caben en un ánimo generoso; cómo tu padre me crió y educó con afecto puramente paternal, y cómo, bajo su dirección, llegué á ser valeroso y digno de la fortuna que has visto y ves. Al morir tu padre encomendó á mi lealtad tu persona y toda su fortuna. Te he educado y he acrecido tu herencia con el cariño y la fidelidad á que estaba obligado por los beneficios de tu padre.

»Para que fuese tuyo, no sólo todo lo que tu padre te dejó, sino también lo que con mi valor y fortuna ganase, jamás quise tomar esposa, á fin de que el amor de los hijos no me impidiera en algún modo mostrar á tu padre y á ti la gratitud á que me juzgo obligado. Te dejó un gran Estado, con gran satisfacción mía; pero me contrista dejártelo débil y mal seguro. Te queda la ciudad de Luca, que nunca estará satisfecha de vivir bajo tu dominación. Te queda Pisa, donde viven hombres de condición inconstante y de mala fe; ciudad que, aunque acostumbrada á estar en dominio ajeno en varias épocas, se desdeñará de servir á un Señor luqués. Pistoia también te será poco fiel, por estar dividida en bandos é irritada contra nosotros á causa de recientes injurias. Tienes por vecinos á los florentinos ofendidos, á quienes de mil modos hemos injuriado, sin acabar con su poder, y recibirán la noticia de mi muerte con más alegría que la de la conquista de toda Toscana. No puedes confiar en los duques de Milán ni en el Emperador, por vivir lejos ser perezosos y tardíos en enviar socorro. No cuentes,

pues, sino con tu propia habilidad y el recuerdo de mi valor, y con la reputación que te dará la presente victoria que, si la aprovechas con prudencia, servirá para que hagas la paz con los florentinos, quienes, asustados por la derrota, accederán á ella de buen grado. Yo procuraba tenerles por enemigos, por creer que su enemistad me proporcionaría poder y gloria; pero tú debes buscar por todos los medios su amistad, porque, con ella, vivirás tranquilo y seguro.

»En este mundo es muy importante conocerse á sí mismo y saber calcular la posición y los recursos. Quien se reconoce incapaz para la guerra, debe ingeniarse para reinar por medio de las artes de la paz. Te aconsejo que, por este camino, procures gozar el fruto de mis esfuerzos y peligros, lo cual lograrás fácilmente, si estimas acertados mis consejos. Así tendrás conmigo doble obligación, la de haberte dejado tantos dominios y la de enseñarte á conservarlos.»

Después mandó venir á los ciudadanos que de Luca, Pisa y Pistoya militaban á sus órdenes, y recomendándoles á Pablo Guinigi, hizo que le juraran obediencia. Hecho esto, murió, dejando á la posteridad gloriosa memoria, y causando á sus amigos mayor pesar del producido en todo tiempo por la muerte de un príncipe.

Sus honras fúnebres fueron celebradas con gran pompa, sepultándole en la iglesia de San Francisco en Luca.

Ni el mérito ni la fortuna fueron tan amigos de Pablo Guinigi como de Castruccio, pues, poco después, perdió á Pistoya y en seguida á Pisa, manteniendo, no sin trabajo, la dominación en Luca, que continuó en su familia hasta su biznieto.

Fué, pues, Construccio, como lo demuestra cuanto hemos dicho, hombre de raro mérito, no sólo entre sus contemporáneos, sino comparado con los de pasadas épocas. De elevada estatura, bien proporcionado y tan amable y cariñoso con cuantos se le acercaban, que ninguno de los que le hablaron se separó de él descontento. Sus cabellos eran casi rojos y los llevaba cortados por encima de las orejas. En todo tiempo, aunque lloviera ó nevara, iba con la cabeza descubierta.

Fué cariñoso con sus amigos, terrible con sus enemigos, justo con sus súbditos, infiel con los extranjeros.

Si podía vencer por astucia, no empleaba la fuerza, porque decía que lo que da fama es la victoria, no los medios de alcanzarla. Ninguno fué tan audaz para afrontar los peligros, ni tan cauto al salir de ellos. Acostumbraba á decir que los hombres deben intentarlo todo sin asustarse de nada, y que Dios ama á los hombres animosos, porque siempre se vale de ellos para castigar á los pusilánimes.

Era, además, admirable por la oportunidad de sus respuestas y por la agudeza ó urbanidad de sus sátiras. En éstas no perdonaba á nadie, pero tampoco se ofendía porque no le perdonasen. De aquí que se citen muchas frases mordaces dichas por él y muchas que oyó con paciencia, como las siguientes :

Compró una perdiz en un ducado y, censurándole un amigo su prodigalidad, le dijo : «¿Tú no darías por ella más que un sueldo?» «Así es la verdad», respondió el amigo. A lo que replicó Castruccio : «Pues un ducado para mí vale mucho menos.»

En cierta ocasión tenía ante sí un adulator y, por

desprecio, le escupió al rostro. El adulator dijo entonces: «Los pescadores mojan todo su cuerpo en las aguas del mar por coger un pequeño pez; bien puedo yo dejarme mojar con tu saliva, para coger una ballena.» Castruccio, no sólo le oyó pacientemente, sino que le premió.

Diciéndole un religioso que no era bueno viviese con tanto lujo, respondió: «Si esto fuera vicio, no haríais tan brillantes fiestas á vuestros santos.»

Al pasar por una calle vió á un jovenzuelo que salía de casa de una meretriz y que se ruborizó porque le viera. Castruccio le dijo: «No te avergüences cuando sales, sino cuando entras.»

Dióle un amigo á desatar un nudo muy bien hecho, y le dijo: «¿Crees, necio, que quiera yo desatar lo que atado me da tanto que hacer?»

Diciendo á uno que presumía de filósofo: «Sois como los perros, que andan siempre alrededor de quienes pueden darlos mejor de comer, le respondió aquél: «Y también somos como los médicos, que vamos á casa de quienes más nos necesitan.»

Iba por mar de Pisa á Liorna y le sorprendió furiosa tempestad, asustándole mucho. Uno de sus compañeros le motejó su pusilanimidad, diciendo que él no tenía miedo, á lo cual contestó Castruccio: «No me maravilla, porque cada cual estima su alma en lo que vale.»

Preguntándole uno cómo lograba hacerse querer, le respondió: «Procura, cuando vayas á un convite, que sobre la silla de madera no se siente un madero.»

Vanagloriándose uno de haber leído mucho, le dijo Castruccio: «Mejor es vanagloriarse de haber retenido algo en la mente.»

A otro que se envanecía de beber mucho y no embriagarse, le replicó: «Lo mismo hace un buey.»

Vivía Castruccio en grande intimidad con una joven. Un amigo se lo censuró, diciéndole que hacía mal en permitir que le dominara una mujer. «Te equivocas, le respondió; no me posee, yo la poseo.»

Censurándole otro su afición á manjares muy delicados, replicó: «Tú no gastarías en ellos lo que yo gasto.» Y diciendo aquél que era cierto, añadió: «Entonces tú eres más avaro que yo glotón.»

El luqués Tadeo Bernardi, hombre riquísimo y espléndido, le convidó á cenar. Al llegar á su casa, le llevó Tadeo á una habitación cubierta toda de tapices, y cuyo pavimento era un mosaico de piedras finas entrelazadas de modo que formaban flores, ramas y follaje. Entonces Castruccio escupió á Tadeo en la cara. Enojado éste, díjole aquél: «No sabía dónde escupir que te ofendiera menos.»

Preguntáronle cómo murió César, y contestó «¡Quiera Dios que yo muera como él.»

Estando una noche en casa de uno de sus capitanes, donde habían sido convidadas bastantes señoras para una fiesta, y bailando y bromeando más de lo que á su posición convenía, un amigo se lo censuró, y él le dijo: «Quien es juicioso de día, no será loco de noche.»

Fué uno á pedirle un favor, y Castruccio hizo como que no le oía; el solicitante se arrodilló, y Castruccio le censuró esta humillación. «La culpa es tuya, dijo aquél, por tener los oídos en los pies.» Por esta respuesta consiguió doble de lo que pretendía.

Acostumbraba decir que el camino para ir al infierno era fácil, porque se iba hacia abajo y con los ojos cerrados.

Pedíale uno cierto favor con muchas é inútiles frases, y le dijo: «Cuando quieras algo de mí, envía á otro que lo pida.»

Á otro charlatán que le pronunció largo y fastidioso discurso, diciéndole al final: «Temo haber cansado vuestra atención con mis palabras», le respondió: «De ningún modo, porque no he oído nada de lo que has dicho.»

De uno que fué hermoso niño y había llegado á ser hombre gallardo, decía que era demasiado ofensivo, pues primero quitó los maridos á las mujeres y ahora quitaba las mujeres á los maridos.

Á un envidioso que reía, le dijo: «¿Ríes porque te sucede algo bueno, ó porque á otro le ocurre algo malo?»

Cuando estaba aún á las órdenes de Francisco Guinigi, le dijo uno de sus camaradas: «¿Qué quieres, si me dejas darte un bofetón?» Respondió Castruccio: «Un yelmo» (1).

Mandó matar á un ciudadano de Luca que le ayudó á engrandecerse, y le dijeron que hacía mal en matar á un antiguo amigo; á lo cual respondió: «No me engaño, porque mato un enemigo nuevo.»

Alababa Castruccio á los hombres que vivían con mujer sin casarse, como á los que proyectaban navegar y no se embarcaban. «Me maravillan, decía, los hombres que, cuando compran un objeto de barro ó de cristal, le hacen sonar antes para ver si es bueno y, para tomar mujer, se contentan con verla.»

Preguntóle uno, cuando estaba expirando, como quería ser enterrado: «Con la cara contra la tierra, respondió;

(1) Un casco que cubría las mejillas.

porque sé que, muerto yo, todo este país se volverá de arriba abajo.»

Preguntáronle también si, para salvar su alma, había pensado alguna vez en hacerse fraile, y respondió que no, porque le parecía extraño que Fr. Lazarcone fuera al paraíso y Uguccione de la Faggiola al infierno.

Otra pregunta hecha á Castruccio fué la de cuándo convenía comer para estar sano, y contestó: «El rico, cuando tiene apetito, y el pobre, cuando puede.»

Á uno de sus oficiales que se hacía ayudar por su criado para vestirse le dijo: «Dios quiera que también tengan que llevarte la comida á la boca.»

Había puesto uno en la fachada de su casa un letrero en latín pidiendo que Dios le preservara de malvados. Castruccio lo vió, y dijo: «Preciso es, para conseguirlo, que él no ponga los pies en su casa.»

Pasando un día por una calle donde había una casa muy pequeña con una puerta muy grande, exclamó: «Esa casa se escapará por la puerta.»

Discutiendo con un embajador del rey de Nápoles sobre los bienes de los desterrados, llegó á acalorarse, y el Embajador le dijo: «¿No temes al rey de Nápoles?» Castruccio le respondió: «¿Vuestro Rey es bueno ó malo? — Bueno, contestó el Embajador. — Entonces, replicó Castruccio, ¿cómo quieres que tema á los hombres buenos?»

Podría referir otros dichos suyos llenos de ingenio y seriedad; pero creo que los expresados bastan para testimonio de sus grandes cualidades.

Vivió cuarenta y cuatro años, y en la buena y mala fortuna fué excelente: de la buena hay suficiente memoria; sus desgracias las atestiguan las esposas con que

estuvo encadenado en la prisión y que aun se ven hoy en la torre de su casa, donde mandó fijarlas para perpetuo testimonio de sus adversidades.

Y como en vida no fué inferior á Filippo de Macedonia, padre de Alejandro, ni á Scipión el Africano, murió á la misma edad de ambos. Á los dos hubiera superado, de no nacer en Luca, sino en Macedonia ó Roma.

FIN DE LA VIDA DE CASTRUCCIO CASTRACANI.

